

«De las crisis siempre se sale beneficiado». Esto, que suena tan triunfalista que parece que lo dijo un ministro, pertenece a las aportaciones de un dirigente de «Alianza Socialista de Andalucía» (A.S.A., para el siglo de las siglas). Y parece tan verdad, que incluso se puede aplicar a la crisis sufrida hace unos días por la reforma política. Las cosas son como son, y del aparente frenazo salió un empujón desconocido. El ambiente político podría resumirse en una frase: si la reforma no se hace en las instituciones, se hará en la calle, pero se hará, porque es imparabile. Me parece que en esa línea están hechos tan claros como los siguientes: se autoriza la primera manifestación a favor de la amnistía, que se celebrará en Mataró; García Trevijano obtiene la libertad sin abonar siquiera la sanción en papel de pagos, sino en pesetas corrientes, lo cual es un clarísimo índice de urgencia; es posible que hoy se sorprenda al país con la libertad de Calvo Serer; seis miembros del PSOE permanecen retenidos sólo unas horas; se celebra en San Sebastián un acto público a favor de la autonomía vasca, que había sido suspendido hace dos meses. ¿Hay quien dé más?

Para un día no está mal, en orden de tolerancia, aunque el panorama lo oscurezca la nube de la suspensión del homenaje a 36 abogados laboristas. Las grandes operaciones de credibilidad están casi siempre en funciones de nuestras actividades en el exterior. Por eso, no es arriesgado situar el nuevo clima en la órbita del viaje del señor Villar Mir a los Estados Unidos. Dice la revista «Business Week» que el Rey recibió allí el apoyo suficiente para impulsar las reformas. Ahora, Villar va a intentar recoger otros apoyos más materiales: dólares e inversiones. No cabe duda de que la respuesta que traiga va a estar en función del clima de libertades que nos rodee y de las seguridades económicas que supone el triunfo de

El péndulo

la reforma democrática.

Pero todo esto quizá no sea lo más importante para nuestro consumo interior. De alguna forma merece honores de primera página la nueva ofensiva del Gobierno, en colaboración con la presidencia de las Cortes, para acelerar y asegurar el cambio. No está en otra línea la designación de otros nueve procuradores para la comisión de Justicia que ha de informar la reforma del Código Penal. Salvo muy pequeñas excepciones —que son de estrategia, como el bueno señor Díaz Llanos, hace una semana se «cargó» el proyecto—, las incorporaciones significan un refuerzo en la línea del cambio. El poder, obviamente, no se resigna a perder escalones en la carrera (que ya es contra reloj) de la democracia. Vamos a ver si de ésta va la victoria. Cada día que pasa se juega más con el «todo o nada», y sigue siendo urgente encontrar una vía intermedia de entendimiento. En esta línea, no debe pasar desapercibido que un afecto al centrismo —el señor Ares-pachaga— haya iniciado ayer su carrera hacia el Consejo del Reino, al ser elegido procurador en Cortes por el tercio de Administración Local.

Dicho esto, las atenciones se siguen desplazando hacia el referendun, que es la gran preocupación nacional. Es lo de siempre: las diversas comisiones de gobierno lo preparan —muy sigilosamente, por cierto—, y la oposición dice de antemano que no está dispuesta al juego. Las palabras de Jaime Casanovas, cuando dice que don Juan de Borbón está preocupado por las condiciones en que se celebrará la consul-

ta, se convirtieron en argumento inesperado para los oponentes. La oposición es lógica: si hasta el padre del Rey manifiesta alguna suspicacia, ¿qué no harán quienes siguen buscando disculpas para el proceso constituyente?

Mientras tanto, la vida política a nivel de partidos es tan rica, que ya resulta imposible seguirla en sus detalles. Todos están en la organización de congresos, e incluso Blas Piñar, que es la síntesis nacional del anti-partido, va a formar el propio. Lo cierto es que la necesidad de este tipo de asociación ya ganó la calle, de la misma forma que el pasado miércoles ganó las Cortes. Si el 75 por 100 de los consultados en Mallorca se muestran partidarios del pluripartidismo, ¿cómo se van a poner trabas a este amplísimo estado de opinión? Ir contra corriente —lo ha visto muy bien el propio don Blas— es estar abocado al suicidio como fuerza política organizada.

Y esto lo sabe también la derecha heredera de la legalidad, que, por primera vez, comparece en el tablado nacional usando la palabra tanto tiempo maldita. Ya está en los papeles el «Partido de Acción Nacional», (P.A.N.), para el citado siglo de las siglas. Viene «pegando»: antes de un mes quiere celebrar también su congreso con dos mil asistentes. Les pregunté a sus promotores por la razón de su existencia, y me contestaron que quieren organizar en la unidad el conservadurismo español. Me parece que su campo de acción quiere abarcar desde Blas Piñar a Gil Robles. Por cierto —y dicho sea como aviso de navegantes— la oposición acaba de limitar el campo que ofrece para el pacto: desde el citado Gil-Robles hasta la extrema izquierda. El resto ha dejado de contar para ellos. Cada día que pasa, como dicen en mi pueblo, «lo vamos arreglando».

Fernando ONEGA

TIEMPOS Y FIGURAS

LA ACUSACION SEPARATISTA

Junto al efecto deletéreo del «complejo idiomático», que ciertamente debe ser considerado como enfermedad recibida por contagio o por interiorización, el retroceso de las lenguas vernáculas o su crisis todavía no superada tiene una nueva explicación: la acusación de separatismo atribuida a su uso. El hecho en sí resulta a estas alturas poco menos que incomprensible. Sólo las circunstancias históricas en que la acusación se produjo, justifican cierta benevolencia. De todos modos, está claro que, en precisos momentos históricos, las lenguas propias de los diversos

pueblos de España fueron miradas con desconfianza y con recelo, cuando no cercenado su uso y sujeto a múltiples limitaciones. Hablar vasco, catalán o gallego significaba ser menos español, y con frecuencia se atribuyeron secretas intenciones políticas al pluralismo lingüístico. Actualmente las cosas han variado un poco, sin que por supuesto se hayan superado del todo los prejuicios de base.

Por referirnos a tiempos ya lejanos y en consecuencia menos controvertidos, citaré aquí un texto del diario madrileño «La Nación», recogido luego por «La Veu de Catalunya» del 8 de febrero de 1928, en el que sin duda se expresaba la política lingüística oficial:

«Entiende el Gobierno... que no hay más idioma que obligatoriamente enseñar en el país que el castellano, declarado idioma nacional o español, guardando para los idiomas regionales el respeto que merecen... aunque lamentando sinceramente que se extiendan, si ello ha de ser en perjuicio del habla común. Por tanto, en las escuelas oficiales no se enseñará más que el castellano, ni ninguna disciplina, incluso las religiosas, se dará en otro idioma».

Por su parte, Primo de Rivera, poco después del golpe de Estado y la consiguiente toma del poder, declaraba en un discurso tenido en la capitanía general de Barcelona (9 de enero de 1924) que «el Gobierno estaba dispuesto a realizar toda clase de esfuerzos para españolizar Cataluña, y para acabar de una vez con la acción catalanizadora que se está haciendo, especialmente en la escuela, y en la iglesia desde el púlpito; que en aquello que toca a la escuela ellos se ocuparán, y que en cuanto a la Iglesia, habían pedido la intervención del Santo Padre, que estaba dispuesto a ayudarles». (A. Peruch, Catalunya sota la Dictadura, Barcelona, 1930, p. 71; recogido de R. Muntanyola, Vidal i Barraquer el cardenal de la paz, Barcelona, ed. Laia, 1974, p. 115). La referencia a Cataluña se debe exclusivamente al hecho de que allí estaba entonces más desarrollada la conciencia de su identidad cultural, lo cual explica que fueran los catalanes el blanco preferido de los ataques del centralismo. La conciencia cultural de Galicia estaba en la misma época mucho más aletargada, lo que justifica la famosa frase del mismo Primo de Rivera afirmando que «Galicia es la única región de España que nunca me ha dado quebraderos de cabeza». Pero los textos aportados subrayan sin lugar a dudas la voluntad oficial de homogeneizar lingüísticamente toda España a base del castellano, «lamentando sinceramente que se extiendan» los demás idiomas españoles, «si ello ha de ser en perjuicio del habla común», y adoptando una política de tolerancia con las áreas culturales específicas carentes de suficiente vitalidad para recuperarse a corto plazo.

Lo más difícil de comprender es la atribución de intenciones separatistas a este tipo de movimientos y reivindicaciones puramente culturales. En el fondo se jugaba con un falso concepto de la unidad nacional, que se demostraba enormemente eficaz en la medida en que creaba confusiones que a su vez eran fácilmente asimiladas por los mismos perjudicados. Citaré a este respecto un luminoso texto, perteneciente ya a los últimos meses de la Monarquía, que expresa sin duda hondos y difundidos prejuicios populares —efecto de una gestión pública tenaz y prolongada— acerca de las relaciones entre cultura y política:

«Hemos visto también otro postulado catalán incorporado al ideario galleguista, que nos produce emoción y tristeza: la cooficialidad de los idiomas gallego y castellano... Que se haga en Cataluña bandera política la cuestión del idioma para tremolar en agitaciones y turbulencias de índole muy dudosa, no está bien; pero está en consonancia con el carácter de los catalanes... Los catalanes son rebeldes, no se humillan, tienen energía temple que no les permite resignarse a ocupar otro lugar que el que ellos creen que por derecho les corresponde... Los gallegos somos todo lo contrario blandos por bondad, transigentes por sentimentalismo, resignados por virtud, indulgentes por amor; que todas esas cualidades nos vienen de nuestro carácter. Habitados a la tristeza del olvido. Confortados por la esperanza de la ausencia, ilusionados y seducidos por las bellezas de esta Arcadia gallega que tenemos por cuna gloriosa. Nuestro idioma no es ni puede ser un arma de combate... ¿Y queréis manchar esta pureza arrojando a la arena de las luchas lo más íntimo, lo más sagrado, lo más escondido en el altar de nuestros amores? ¡No, por Dios!... Dejad nuestro idioma entre las sombras misteriosas del genio soberano de nuestra raza... ¡No, por Dios! Que ese no es problema, porque íntimo misterio. Que esa es una gloria que nadie nos puede robar; una dicha que nadie nos puede regatear» (Alfarab, Los galleguistas: un templo y un altar, en «Faro de Vigo», 30, I, 1931, p. 1).

Los pueblos no pueden de ningún modo renunciar a su personalidad colectiva, a sus tradiciones y cultura, sin riesgo de dejar de ser lo que son y lo que han sido a lo largo de su historia. Defender la propia lengua comporta una clara voluntad de supervivencia que sólo en el contexto de una unidad mal entendida puede asumir connotaciones y resonancias políticas. Si a la acusación separatista atribuida al uso de las lenguas vernáculas añadimos el complejo de inferioridad que se genera consecuentemente en los que las hablan, careceremos de razones para explicar el hecho de que el gallego, el catalán y el vasco figuren todavía entre las lenguas vivas.

Dámaso NEVARES

Observatorio

LOS CONSUMIDOS

El consumidor está siendo devorado, engullido, tragado, deglutinado y, finalmente transformado en pura materia orgánica. Se lo come por los pies la propia maquinaria pesada del consumismo. Teóricamente posee toda la fuerza; prácticamente es un pobre diablo, aquí en España es un tigre de treinta y cinco millones de cabezas con no sé cuántas decenas de colmillos afilados; un felino impresionante, ¡vive el cielo! Pues, bien; la terrible fiera es pura ficción, deleznable fachenda, tigre de percal barato, implorante y maullador, con querencia de mostradores y latigazos.

Esta fauna —yo, usted, todos, desde la princesa altiva hasta la que pesca en run barca— comienza a ser inquietada, despertada y excitada. Ha tomado sobre sí tan sisífico trabajo don Antonio García Pablos, escudado ex presidente de cierto dicasterio oficial de consumidores. A don Antonio no se le puede negar valor ni gallardía. En nombre de todos los españoles que consumimos kilovatios-hora está pléiteando con las poderosas compañías eléctricas. Intenta provocar un cortocircuito en la subida de las tarifas. ¡Dios le ilumine!

El señor García Pablos, sin duda es un Quijote o, por mejor decir, un Pedro el ermitaño que nos convoca a una moderna, urgente y necesaria cruzada. En su bula «35 millones de consumidos», de venta en librerías, nos dice así: «Consumidor, ama de casa este libro es para ti, está escrito en favor tuyo. Está, solo, indefenso, mal informado, aliente, consumido. Aunque

otros tengan culpa, el principal responsable eres tú mismo. Tienes una fuerza inmensa que no usas. «35 millones de consumidos» te trae un mensaje: despierta, organízate, lucha, participa. Construye una nueva sociedad al servicio de todos». No es fácil la empresa de meter en el mismo tren a treinta y cinco millones de consumidores —consumidos. Más o menos como la hazaña que proponía el inolvidable Jardiel Poncela: conducir a siete gatos por una carretera. Más hay que ponerse al trabajo de unir a treinta y cinco millones de españoles por dos cosas tan aparentemente vocadas al esfuerzo en común como son la boca y la cartera. Ya sabemos que no sólo de pan vive el hombre. Tampoco ignoramos que es una constante histórica el que este país se mueva a impulso de ilusiones, se moviliza entusiásticamente en torno a em presas de fe. Pero sería fantástico forjar un ejército civil de cinco por siete millones de connacionales igual a treinta y cinco millones de estómagos agradecidos a sí mismos, no a terceros; treinta y cinco millones de estómagos en libertad, no en servidumbre.

Atención pues, a don Antonio García Pablos. Puede parecer un Quijote, un Pedro el ermitaño, un Amadís de Gaula, o lo que sea, pero es un gran escudero que sin endiosamientos ni vanidades se ha puesto ante la vacía del cadáverico Lázaro —consumidor— consumido hispano para decirle: ¡Levántate y anda!

Cristóbal PAEZ

Qué vida...!

PRESENTACION Y PROPOSITO

Sabido está que lo que más trabajo cuesta es empezar. Y uno que querría, aquí, con la venia del Director —que tiene que dar la venia y puede emplear la estancia— venir a este rincón un par de veces por semana para contar o comentar algunas cosas.

¿Y qué cosas? Pues depende. Uno tiene la manía de que la Política gorda es una cosa muy seria y muy grande y muy para la Historia y que, por lo tanto, tiene que llevarse los grandes espacios de las praderas. Pero uno tiene también la manía de que a ras de suelo hay lo que se llama política de las cosas. En definitiva, eso que se llama «la vida».

Y la vida, que jugando a cantares podría cantarse en penas, es asunto muy serio, porque a mí a veces me preocupa más el precio del kilo de patatas que un decreto. Con perdón. En los cantares, cantando la pena la pena se olvida. Aquí lo que se trata es de que las cosas de cada día que van desde los filetes a los colegios o la llamada civilización del ocio —que no he comprendido nunca, porque no hay de qué— no se olviden. Ya sé que esto es muy vulgar, y que son mucho más importantes la Política con mayúscula, la Historia,

siempre con mayúscula, y la Civilización. (¿Quién dijo que a la civilización la salva siempre, al final un pelotón de soldados?). Pero resulta que también la vida esta se compone de los pequeños e infinitos problemas que se enhebran como las cerezas en el cesto.

Así pues —y siempre con la venia— que nadie busque en este rincón asuntos trascendentes. Uno es hombre de la calle y por eso me preocupo del hombre de la calle, y de las mujeres, por supuesto, sobre todo en esta época en que las chicas se ponen tan pimpantes y las señoras tan rotundas.

Los problemas del hombre de la calle, en su tajo, fuera de su tajo, y al entregar el sobre, son muchos. Los problemas de la mujer de la calle y de su casa, sea en su marido del alma, en sus niños del alma, en su cesta de la compra del alma, o en los achares que les pega su novio del alma, son muchísimos. Vamos a ver si nos quedamos con la copia siempre con una cierta sonrisa que diría una amiga mía. Porque la vida, eso que se llama la vida, achucha lo suyo, qué caramba. Dejémoslo en caramba.

Carmelo MARTINEZ